



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

LUNES 1.º DE ENERO DE 1872.

NÚM. 92.



### LA LUZ.

El catolicismo es una verdadera leyenda. Muchas veces se nos ha ocurrido al leer los milagros de este ó del otro santo, de esta ó de la otra vírgen, hacer un paralelo entre las hazañas y los prodigios de los dioses del paganismo, y las de los mártires y bienaventurados de la corte celestial católica. Y en verdad que en el paralelo no hubieran perdido los santos romanos. ¿Cuándo Júpiter, ni Hércules, ni Teseo, ni Neptuno, ni Vulcano, hicieron las maravillas que un puñado cualquiera de santos católicos?

A mí me ha sucedido muchas veces el no poder contener la risa, al pasar los ojos por un martirologio cualquiera. ¡Qué milagros tan ridículos! ¡Qué milagrosas sandeces! A veces es un santo que manda detenerse en los aires á uno que se cae, y el que se va á caer se detiene ni mas ni menos que si fuera un pájaro suspendido en los aires; á veces es una santa que cura enfermos, tuertos, mancos, cojos, ciegos, ni mas ni menos que Jesucristo. Y lo singular del caso es que cuando todos es-



Las dos llancas de la viuda.

tos santos se mueren, sus cuerpos, ¡oh fenómeno sorprendente! desobedeciendo las leyes de la materia, no se descomponen y permanecen incorruptos por centenares de centenares de años.

Y hé aquí la prueba. Allá por los años de 1025, San Ermenegol, obispo de Urgel, llevado de su mucha caridad, y viendo que los caminantes no podían atravesar un lugar llamado Var, determinó hacer un camino y construir un puente para que pasasen sin peligro. Pero hé aquí que estando el santo trabajando con sus propias manos, puesto sobre una viga, se le fueron los pies y cayó. Vino á dar sobre unos grandes peñascos, y habiéndose partido la cabeza, murió de resultas del terrible golpe. El clero y las gentes fueron al lugar de Var, recogieron el cuerpo del santo obispo y le trajeron con gran pompa á su iglesia. Se le dió sepultura al lado izquierdo del altar mayor, mas al respetable santo por lo visto no le pareció bien ser enterrado en aquel lugar. «Quiso Dios, dice un escritor católico, manifestar la gloria de su fidelísimo siervo con repe-

tidos milagros, y amonestó á muchos en sueños que elevasen sus reliquias del primer depósito á lugar mas digno; pero desentendiéndose del aviso celestial, ocurrió una escasez de lluvias tan suma, que apenas se conocia señal de yerba verde en los campos ni en los valles. Conoció entonces el pueblo de Urgel el misterio, y habiendo trasladado el cuerpo del santo al lado derecho del altar mayor, les favoreció el Señor con lluvias abundantísimas. De allí se trasladaron últimamente las venerables reliquias al lado del altar de la santísima Virgen, donde se mantienen actualmente, dejándose ver en todas las traslaciones la carne del santo tan fresca como si estuviese vivo, sin la menor corrupcion despues de tantos siglos.»

Domenech refiere este milagrito, y el Padre Croisset le reproduce, y en verdad que frescos han debido estar tambien el uno para relatarle, y el otro para reproducirle.

¿Con que el buen obispo, constructor de caminos y carreteras, no queria que le enterrasen al lado izquierdo del altar mayor? ¡Ah picarillo! Quería estar en el derecho, ó bajo el altar de la santísima Virgen, y como las gentes no entendian cuáles eran los deseos del santo, porque no los habia dejado escritos en su testamento, obtuvo del cielo que se cociesen vivos por falta de lluvias, para castigarles por no saber adivinar sus intenciones. Y en último caso nos atrevemos á preguntar modestamente nosotros; ¿qué mas le daba al buen Ermengol dormir el sueño eterno al lado derecho ó al lado izquierdo del altar mayor? Mas le daría cuando obtuvo de Dios este singular milagro.

Así son la mayoría de los milagros romanos. No pueden tratarse en serio. Son ridiculeces buenas para referírselas á campesinos, y no á todos, porque muchos ya van comprendiendo en qué consiste el catolicismo clásico. La hora en que lo comprendan todos, será la hora del triunfo completo del Evangelio.

## OPINIONES DE LOS ANTIGUOS

SOBRE LAS ALMAS DE LOS FIELES DESPUES DE LA MUERTE.

Mucho se ha escrito sobre el purgatorio; muchos escritos ha publicado nuestro periódico demostrando la no existencia de ese lugar intermedio entre el cielo y el infierno, que no se menciona en las Escrituras. A pesar de esto no podemos, sin embargo, resistir á la tentación de esponer cómo pensaron sobre este punto los hombres mas ilustres del cristianismo primitivo, Crisóstomo, Lactancio, Orígenes, Tertuliano y otros mil.

Los primeros padres han estado tan lejos de creer en la existencia de este lugar, que algunos de ellos han sostenido una opinion diametralmente opuesta. Han creído que el alma no podía sufrir tormento ninguno separada del cuerpo. «El alma sola, dice Tertuliano en su Apologética, no puede sufrir nada sin materia sólida, es decir, sin el cuerpo.» Crisóstomo dice lo propio. «Aunque el alma quede, aunque sea diez mil veces inmortal, como en efecto lo es, no recibirá sin el cuerpo los bienes indecibles del cielo, así como tampoco sin él sufrirá castigo alguno.» Creen la mayoría de los padres que las almas separadas de los cuerpos permanecen en un estado de inquietud y de espera del castigo ó de la gloria que Dios les reserva en el día del juicio. San Ambrosio es de esta opinion.

Las almas de los justos como las de los inicuos permanecen, segun el sentir de otros, en lugares separados hasta que llegue ese día. Algunos dicen que todas las almas están puestas aparte en los infiernos, cosa tanto mas verosímil, añaden, cuanto que Jesucristo bajó á los infiernos despues de muerto, y habiéndolo hecho El, bien puede hacerlo un alma. «Porque, dice Ireneo, lo que El hizo, bien pueden hacerlo sus discípulos.» Tertuliano dice: «Tengo por cosa cierta que toda alma es puesta aparte en los infiernos hasta el día del Señor.» Orígenes se espresa así: «Creo que los santos al salir de esta vida permanecen en ese lugar que la Escritura llama paraíso, ó en algun lugar de instrucción ó de preparacion.» Lactancio espone: «Todas las almas son detenidas en una prision comun hasta que venga el tiempo en que el gran Juez las examine y dé á cada una lo que merezca.» Hilario habla así: «Es ley necesaria, á la que está sujeto todo hombre, que las almas descienden á los infiernos una vez que son enterrados los cuerpos que las animaban, cuyo descenso no evitó Jesucristo mismo para obrar en un todo en conformidad con su naturaleza de hombre carnal.»

Los padres griegos en su generalidad están conformes en la idea de que la beatitud celeste no llega hasta la resurrección en el día del juicio. Esta espera de las almas la llamaban los antiguos «un sueño.» Ha habido muchos que han creído que cuando llegara la hora de la resurrección unas almas saldrían antes que otras de los lugares donde reposan, es decir, que las almas mas cargadas de pecados resucitarían despues, siendo esta resurrección mas tardía una especie de castigo, y que las almas justas saldrían mas pronto. Error notable, porque en todo caso aquella tardanza en la resurrección seria una gracia para los réprobos, porque estos dejarían de sufrir durante aquel tiempo el castigo merecido á sus culpas.

Como se vé, los padres no andan muy acordes en estos detalles; pero en lo que están contestes y unánimes es en admitir la idea de que tan pronto como la resurrección universal tenga lugar y sean juzgados todos los hombres réprobos, irán á purgar sus culpas «en el fuego del día del juicio, el cual llaman pomposamente bautismo del fuego, espada flameante puesta por Dios á la entrada del paraíso, etc., etc.» Es mas que esto: ellos no eximen del fuego eterno ni á los apóstoles ni á la misma Virgen Maria. Ambrosio dice: «Es preciso que pasen todos por las llamas; ya sea Juan el discípulo que Jesús amó tanto, ya sea San Pedro.» Lactancio habla de esta suerte: «Cuando Dios haya juzgado á los justos, los probará por medio del fuego.» San Agustín dice: «Por este fuego que apareció á Abraham, está significado el día del juicio que separará á los que sean salvados por el fuego y á los que sean condenados al fuego.» Hay otros muchos padres que emiten ideas iguales á estas. Con ligeras variantes todos dicen lo propio.

Este es, pues, el purgatorio de los antiguos. No es un fuego subterráneo en que las almas de los fieles serán quemadas antes de la resurrección, para purgar pecados que el mismo cura en el confesonario perdona. En las mismas oraciones y en el mismo oficio que la Iglesia católica hace á los muertos, no se mienta ni una palabra de este fuego. Los antiguos rogaban porque las almas durmiesen tranquilamente el sueño de la paz, porque resucitasen de los primeros, segun las ideas que antes hemos espuesto; pero ni una palabra de purgatorio ni

nada que se le parezca. Las iglesias griegas ruegan tambien por los muertos y niegan el purgatorio. En fin, no hay una sola palabra en las lumbreras del cristianismo primitivo, que admita el purgatorio tal como ha convenido á los Papas inventarle para sus intereses particulares.

## EL USO DE LAS ESCRITURAS,

SEGUN LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA.

La Iglesia romana usa y abusa de las Escrituras como la dá la gana, y como conviene á sus particulares miras y á sus particulares intereses. En vez de ajustarse ella á la Escritura, no parece sino que la Escritura tiene que ajustarse á ella. O en otros términos; en vez de someterse á los preceptos de Dios, este tiene que someterse á los de ella. Y la razon se comprende. Ella es soberana, ella es infalible, sus Concilios en otro tiempo, su Papa hoy, no puede engañarse; haga bien ó haga mal, el Santo Espíritu baja hasta él y le inspira. El está por encima de la Biblia y es vice-Dios. La Iglesia guarda el depósito de la ciencia sagrada. De sus labios solo brota la verdad. Todo el que coja entre sus manos el libro divino y le interprete, y le estudie, puede equivocarse. Ella sola no se equivoca. La Palabra divina no puede andar de mano en mano; hay mas peligros que ventajas en ello. El mundo debe contentarse con la letra del libro santo, siempre que lleve á su lado el comentario oficial canónico, reglamentario, visto y revisto, autorizado y sancionado por las autoridades eclesiásticas. Y si esto no se hace así, es un crimen. «Los labios del sacerdote, dice Malaquías, guardan la ciencia y de ellos emana la ley.» Esta es la doctrina del catolicismo con respecto al uso de las Escrituras.

¿Qué quieren decir esas palabras de Malaquías? ¿Quieren decir, que el sacerdote ó el sacrificador, como dice el texto hebreo, puede separarse, bajo el pretexto de interpretarla, del verdadero sentido de la Palabra divina? Con esas palabras Dios no dice que se separen, sino que por el contrario, les prohíbe apartarse de ella. Cuando Dios dijo: «no matarás,» no quiso decir que no se mataria, sino que prohibió hacerlo. Hay un verdadero absurdo en sostener que este mandamiento hecho á los sacrificadores, de guardar la ciencia, es una predicción que significa que deben guardarla siempre, para fundar sobre ella la ciencia infalible de los Papas y de los prelados del romanismo.

En la interpretacion de este texto hay ya dos errores, no queremos calificarlos de otro modo, de la Iglesia católica; una corrupcion del verdadero sentido de la frase, y una falsificación en las palabras. Hay mas que esto, el pasaje está truncado por completo. Para interpretar una frase cualquiera, un pasaje cualquiera, es preciso examinarle íntegro. Si no se hace así, resulta una falsedad ó una mentira y se suele decir lo que está muy lejos de espresar el pasaje, la frase del texto que se examina. Y aquí sucede precisamente esto. En el versículo siguiente al citado, Malaquías dice que aquellos sacrificadores no guardaron la ciencia, sino que sedujeron al pueblo y violaron la alianza de Dios. «Pero vosotros, dice el profeta, os habeis retirado de ese camino, no habeis

enseñado la ley y habeis corrompido la alianza de Levi.» Los intérpretes católicos no añaden esto.

Para el sacerdocio romano la ley no es ley, el mandato no es mandato, las prescripciones divinas no son tales si no emanan de sus lábios, si no pasan por su boca. Esto ya es mas que una interpretacion falsa, que una corrupcion en el sentido, que un truncamiento en el pasaje; es pura y sencillamente una blasfemia. Leer las Escrituras no es leer la regla de salvacion; solo lo es cuando vá añadida y comentada por la Iglesia; los mandamientos escritos no son ley de Dios, solo lo son cuando la Iglesia los pronuncia. ¡Qué aberracion! Que nadie crea, esto quiere decir el romanismo, que la palabra de los curas, de los obispos y de los Papas, solo tiene fuerza cuando está conforme con las Escrituras Santas. No hay nada de eso. Tiene fuerza siempre, en todas las ocasiones y con todos los motivos. La Biblia y las enseñanzas que contiene reciben su autoridad de la Iglesia romana. ¡Qué sarcasmos sostiene el hombre cuando su interés le desvía del verdadero camino de salud!

Este razonamiento de la Iglesia romana tiene una consecuencia lógica. Así como «la ley de Dios no es regla sino en los lábios de sacerdote, de la propia suerte la palabra del sacerdote no deja de ser ley, aun cuando no se encuentre contenida en la Escritura. Despues de esto, dice jocosamente un escritor evangélico, ¿qué queda mas que ponerse un turbante y hacerse mahometano?

Todas las religiones del mundo tienen un respeto profundo hacia sus libros sagrados. No los tocan, no los profanan, no mutilan sus prescripciones. Hay algo en la Iglesia romana del sacerdocio egipcio que guardaba sus libros y los negaba á la multitud para explotarla. Pero los tiempos presentes son de mucha luz y las gentes saben el pensamiento de la Iglesia católica al regar la lectura de los libros divinos á todo el mundo. La luz está hecha. La palabra de Dios es de todos.

## DE LA DISTINCION DE VIANDAS.

### I.

Gentes hay todavía que en plero siglo XIX creen hallar su salvacion comiendo pescado y no comiendo carne, ayunando ó no ayunando. La Escritura podrá alabar el ayuno, pero no prescribe dias destinados á él. San Agustin lo dice espresamente. En cuanto á la prohibicion de esta ó la otra clase de comida, está condenada por el mismo apóstol Pablo. En la primera Epístola á Timoteo llama á esta doctrina «doctrina de demonios» y dice en el cap. iv: «Empero el Espíritu dice manifestamente que en los venideros tiempos algunos apostatarán de la fé escuchando á espíritus de error y á doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentira teniendo cauterizada la conciencia, que prohibirán casarse y mandarán abstenerse de las viandas que Dios crió para que con hacimiento de gracias participasen de ellas los fieles y los que han conocido la verdad, porque todo lo que Dios crió es bueno y nada hay que desechar tomándose con hacimiento de gracias.» (Vers. 1 al 4.) El texto no puede ser mas evidente y mas claro. Se puede comer toda clase de viandas en todos tiempos y en todas ocasiones, «porque todo lo que Dios crió es bueno.»

Dícese que el apóstol no habla aquí de aquellos que se abstienen de cierta clase de viandas por ejercicio y por macerar sus carnes; sino de aquellos

que gozaban comiendo viandas manchadas y abominables. Este mismo pretesto era el de los que ya prevaricaban en este punto en tiempo de los apóstoles y á los cuales aludia el mismo Pablo cuando en la Epístola á los Colossenses, cap. ii, vers. 20 y 21 les decía: «Pues si sois muertos con Cristo cuanto á los rudimentos del mundo, ¿por qué como si viviéseis al mundo os sometéis á ordenanzas, tales como no manejes ni aun gustes ni toques?» Y en el vers. 16 del mismo capítulo hace esta notable declaracion: «Por tanto, nadie os juzgue en comida ó en bebida ó en parte de dia de fiesta ó de nueva luna ó de sábados...» El apóstol llama á la distincion de viandas mandamientos y doctrinas de hombres, y en verdad que no es otra cosa. El se dirigia á los judíos y á los paganos, pero sus palabras son hoy el áscua de fuego que quema y estirpa este nuevo abuso y esta nueva invencion de la Iglesia católico-romana.

Si quisiéramos hacer una crítica enteramente severa de los actos de la Iglesia de los Papas, diríamos que ella misma se ha esforzado por hacer execrable y abominable cierta clase de alimentos, y á veces sin saberse por qué. El Papa Gregorio II manda castigar y hacer penitencia á aquellos que hubiesen comido caballos salvajes y domésticos. Su sucesor Zacarías prohíbe á los cristianos el uso de las cigüeñas, liebres, caballos salvajes y otros animales. Y esto ¿por qué? Por la misma razon que su antecesor. «Porque este alimento era inmundó y execrable.» En aquellos tiempos tambien solian llevarse antes de Pascuas las viandas que en ellas habian de comerse á las iglesias, y el sacerdote las bendecía y las exorcisaba para arrojar de ellas, si lo tenían, á algun espíritu maligno.

Pablo dice tambien en el vers. 25 de la I.<sup>a</sup> á los Corintios: «De todo lo que se vende en la carne sería comido sin preguntar nada por causa de la conciencia.» No hay viandas prohibidas; todo es bueno ofreciéndoselo antes al Señor por medio de la oracion. Jesucristo, á mas de esto, abolió las distinciones de viandas establecidas en la ley de Moisés. ¿Es creíble que habiendo hecho esto Jesús viniese despues á establecerlas en el Evangelio y á prescribir por cada dia de ayuno de la ley cuatro ó cinco bajo la buena nueva? No, á la verdad.

En la primera Epístola á los Corintios, cap. viii, vers. 8, se lee: «Si bien la vianda no nos hace mas aceptos á Dios, porque ni que comamos seremos mas ricos, ni que no comamos seremos mas pobres.» «El reino de Dios,—se dice en la Epístola á los Romanos,—no es comida ni bebida, sino justicia, alegría y paz por el Santo Espíritu.» ¿Tiene la Iglesia católica textos tan precisos y tan categóricos para probar el uso y la distincion de viandas como existen para negarla? ¡Ah! otra cosa hubiera sido del mundo y de la Iglesia misma si esta no hubiera olvidado estas preciosas palabras: «El ejercicio corporal vale bien poca cosa; pero la piedad sirve para todas las cosas teniendo las promesas de la vida presente y de la vida futura.» En efecto, ¿qué valor tienen ante Dios las maceraciones, los ayunos, el uso ó la prohibicion de ciertos alimentos? Ninguno; porque si los tuvieran sería tanto como decir que las obras del hombre tienen valor á los ojos de Dios, y esto es absurdo, cristianamente hablando. La fé, la piedad, esto es lo que á Dios agrada.

Se hacen elogios del ayuno y de la sobriedad: se dice que es una fuente de virtudes, que Dios la ama. Ya hemos visto lo que hay sobre esto en la Palabra divina. Es un hecho observado que los mas hipócritas y los mas infames son los que mas hacen ostentacion de ayunos y rutinarias prácticas; pero Dios que los vé por dentro y que penetra hasta los riñones, les dará en su justicia su merecido.

## EL NOMBRE DE JESÚS.

Despues de la toma de Copenhague por los in-

gleses en 1807, algunos destacamentos de tropas fueron diseminados por los pueblos circunvecinos. Tres soldados pertenecientes á un regimiento de montañeses escoceses, fueron enviados un dia á forrajear en las granjas vecinas. Visitaron muchas, que encontraron enteramente vacías y desiertas. Por último, llegaron delante de un gran plantel lleno de manzanas, cuyas ramas se inclinaban bajo el peso del fruto; entraron, y despues de haber atravesado dicho plantel y un jardín que anunciaba la abundancia, descubrieron una bonita granja. Alrededor de la casa todo respiraba una paz y seguridad, que contrastaba singularmente con la desolacion de la guerra. Pero cuando entraban en ella, vieron á la arrendadora y sus hijos que huían por una puerta lanzando gritos de espanto. El interior de la casa presentaba un aspecto de orden y bienestar superior á todo lo que habian visto en el país. Tan pocas precauciones habian tomado contra el pillaje, que habia un reloj descuidadamente colgado en la pared. Llamó sobre todo la atencion del soldado de mas edad una mesita con libros, abrió un volumen que estaba escrito en una lengua desconocida para él; pero el dulce nombre de *Jesús* se veía en todas las páginas, y el soldado comprendió la conclusion que podia sacar. Entretanto, el dueño de la casa entró por la puerta que habia favorecido la fuga de la familia. Uno de los soldados le hizo en seguida comprender por señas amenazadoras, que tenía que proveerlos de víveres; pero el campesino, conservando siempre su calma y firmeza, le contestó con un movimiento de cabeza que no estaba de ninguna manera dispuesto á abandonarles las provisiones de su familia. Entonces el soldado que tenía el libro, y que era un verdadero discípulo del *Salvador*, se adelantó hacia él y le mostró con el dedo el nombre de *Jesús*; llevó su mano á su corazón y levantó los ojos al cielo, para mostrarle que este nombre era tambien querido á su alma. En seguida el arrendador le cogió las manos, que apretó con fuerza, y corrió á llamar á su mujer é hijos que bien pronto entraron con leche, huevos, tocino y todo cuanto puede suministrar una granja: todo fué ofrecido al soldado, y cuando este quiso pagar las provisiones rehusaron el dinero. Pero insistió en pagarlo todo así como uno de sus camaradas, que era tambien hombre piadoso, y consiguieron hacer aceptar su dinero con gran pesar del tercero, que pretendía que no era así como se buscaban víveres en país enemigo. Al dejar la granja hicieron comprender por señas al arrendatario que no debía dejar así su reloj á la vista; pero este, con el mismo lenguaje, les respondió claramente que no temia ningun mal porque confiaba en Dios, y que si bien los vecinos de su alrededor habian huido y perdido por los merodeadores todo lo que no habian podido llevarse, él y su familia no habian perdido ni un cabello de su cabeza ni un fruto de sus árboles.

[Notad, lectores, qué pocas palabras son necesarias á los verdaderos cristianos para entenderse y amarse! El nombre de *Jesús*: no necesitan mas, y en seguida sus corazones se entienden como si de largo tiempo se hubieran conocido.

## SIN DINERO, Ó LA CIUDAD SITIADA.

El último sitio de París fué acompañado de muy tristes acontecimientos, los cuales son una prueba patente de las terribles miserias de la guerra.

El sufrimiento y ansiedad de la poblacion que contaba á lo menos dos millones de almas durante el sitio, se agravaba cada dia mas por la gran escasez de víveres. Sucesivamente fueron acabándose las provisiones, hasta que al cabo de dos ó tres meses lo poco que quedaba fué necesario repartirlo en pequeñas cantidades, dándolo á los pobres habitantes á fin de que pudieran conservar sus vidas, aunque escasamente. Los que podian comprar tenían que pagar los artículos de primera necesidad

á un precio exorbitante, para poderse librar de morir de hambre tanto ellos como sus familias. Muchos cientos, y quizás miles de personas, perecieron á causa de estas penas, de fiebres y de otras enfermedades que se cebaron en la ciudad durante este tiempo tan calamitoso.

Al fin la ciudad se rindió al enemigo porque los mismos soldados que defendían á París no ignoraban que era inútil hacer mas resistencia. La muerte se pintaba en todos sus semblantes cadavéricos.

Mientras pasaban estas escenas en la ciudad sitiada, habia en el exterior corazones llenos de cariñosa bondad é inteligencias activas que se ocupaban continuamente en aliviar á los que tenían la muerte tan próxima. Débese recordar, por ejemplo, las muchas suscripciones que se abrieron en Inglaterra con este objeto y la grande cantidad de provisiones de todas clases que se compró para remitirla á París tan pronto estuviese abierta la comunicacion. Al fin llegó esa hora, y mientras los sitiadores afectados por la compasion hacian cuanto estaba á su alcance para aliviar los sufrimientos causados por las crueles necesidades de la guerra, cargamentos de provisiones cruzaban el estrecho y eran llevados á París con la mayor velocidad por medio de los ferro-carriles de Francia, para distribuirlos entre los pobres habitantes de aquella capital, los que morían de hambre.

Sensibles escenas han sido narradas por varios ingleses y otras personas que presenciaron aquella benévola distribucion. Tenemos á la vista una carta que nos habla de la larga série de almacenes donde se repartía toda clase de alimentos desde la mañana muy temprano hasta muy entrada la noche, cuyo reparto continuó sucesivamente por muchos dias.

Miles de hombres y mujeres con la cara pálida, los ojos hundidos y debilitados por tan largos sufrimientos, se agrupaban á las puertas; se les admitía por turno, se les daban provisiones para algunos dias y se les despedía. Pero tan pronto salían unos, entraban otros. Veinte mil raciones se dieron en un solo dia, y á pesar de esto los grupos no disminuían, y cuando el cansancio rindió á los que durante diez y ocho horas habian trabajado en tan benéfica ocupacion, les fué preciso cerrar los almacenes durante la noche, y miles de personas aguardaron allí con paciencia el siguiente dia para que se volvieran á abrir las puertas para obtener la ayuda y consuelo.

Damos muchas gracias á Dios porque inspiró á muchos de nuestros compatriotas para que dieran una muestra de sus generosos sentimientos prestando su ayuda y dando de comer á los que perecían de hambre, y todo esto «sin dinero y sin precio.»

Creemos tambien que nosotros que vivimos en este país no tenemos motivos de glorificarnos sobre este pobre pueblo francés, porque á nosotros no se nos atormentaba mientras ellos sufrían; pero tenemos motivo de tener presente la reprension de Nuestro Señor Jesús cuando dijo, refiriéndose á un caso sensible del que Él oyó hablar: «¿Pensais que sean mas pecadores que los demas porque hayan padecido cosas semejantes? Yo os digo que no; pero si no os arrepintiéreis todos perecereis así.»

Y este alivio dado á los pobres y hambrientos parisienses, ¿no nos recuerda las provisiones del Evangelio? Una de las representaciones que se nos demuestra en la Palabra de Dios de la miseria actual y de la futura esperanza de los hombres como pecadores, es que sus almas se mueren de hambre. Recuérdese que el Salvador usaba esta frase en la parábola del hijo pródigo. Y en el Antiguo Testamento la misma verdad es demostrada por el profeta Isaías en su espléndida y conmovedora invitacion: «¡Oh todos los sedientos, venid á las aguas, y los que no tengan dinero venid á comprar vino y leche sin dinero y sin precio.» ¿Por qué no gastais vuestro dinero en pan y el producto de vuestro trabajo en lo que os satisfaga? Oídme con atencion y comed lo que es bueno, vuestra alma se deleitará con grosura. Inclínad vuestros oídos y venid á mí; oíd y vuestra alma vivirá.»

Estas son las palabras que Dios os dirige, moribundos pecadores. Esta es su proclamacion para ayuda y consuelo de vuestra alma que se muere de hambre. No hagais caso del mundo, que nada tiene que daros para vuestro alimento espiritual. El viene hácia vosotros y ofrece servirlos en vuestra extrema necesidad.

Y Jesús, el divino Hijo del Padre, lleno de gracia y bondad, declara á este mundo perecedero: «Yo soy el pan de la vida, el que llegue hasta Mí jamás perecerá, y el que crea en Mí jamás estará sediento. Yo soy el pan vivo que viene del cielo; cualquiera que coma de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi propia carne, la cual daré para la vida del mundo.»

Vosotros sabeis cómo y por qué Él dió su vida y ahora llega á vosotros y os dice: «Mi carne es carne ciertamente y mi sangre es para beber. Si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre no tendreis vida. El que venga á Mí jamás tendrá hambre, y el que crea en Mí nunca tendrá sed.»

Así el Santo Espíritu os invita al festín preparado para vosotros *sin dinero y sin precio*. Él no desea que vuestra alma perezca de hambre. El Espíritu y la novia (la Iglesia de Cristo) dice: «Venid, no tan solo os servirán una, dos ó tres comidas, sino tantas como apetezcáis durante toda la eternidad. Los almacenes de provisiones divinas del cielo, al contrario de los de la ciudad sitiada, jamás pueden agotarse, y el Dador de ellas claramente os dice á todos: «Benditos son los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán satisfechos.»

Pero ¡oh lástima! las palabras de divino amor y estímulo muchas veces no son escuchadas por inflexibles corazones. Porque el hambre del alma no conduce á una pronta muerte y tambien porque el sentimiento que nos puede causar es amortiguado por los pecados mundanales. El Santo Espíritu el desdeñado, no se hace caso del Salvador y el festín del Evangelio es despreciado. Los hambrientos de quienes habeis leído estaban prontos y muy contentos de recibir la ayuda ofrecida, aunque en primer lugar provenia de los que habian ocasionado sus sufrimientos, y en segundo lugar sabian que el alivio no podia ser duradero. Pero á los que se les ofrece el pan de la vida, ¡cuán pocos hay que hagan caso en recibirlo! No llegarán á Cristo los que no tengan vida, aunque muchos que le reciben, Él les dá poder para ser los hijos de Dios.

Lector, si hasta ahora has menospreciado la gracia que te se ha brindado desde el cielo, persuádetelo ahora.

Y sin precio y sin dinero  
Venid por la provision,  
Que Dios con amor sincero  
Os acoje placentero  
Y os brinda con su perdon.

## NIÑOS, JESÚS OS AMA.

Jesús sobremanera  
Ama á los niños,  
Les habla, les alienta,  
Les llama hijos.  
Él los bendice  
Desde los altos cielos  
Donde reside.

Niños, que estais la vida  
Hoy comenzando,  
Que no sabeis lo que ella  
Tiene de amargo,  
Cuando las nubes  
Del dolor, sobre el alma  
Tienden sus tules,

Niños que dormís bellos  
Sobre el regazo

De vuestras tiernas madres  
Un sueño blando;  
Que la alegría  
Asedia vuestras cunas  
Con sus sonrisas,

Niños que vais corriendo  
Por esas calles,  
Llenos de inmundo lodo,  
Llenos de hambre;  
Que en vuestra cara  
Vá escrita esta leyenda:  
«No tengo casa,»

Niños que en los talleres  
Pasais el día  
Pálidos como flores  
Que el sol no mira;  
Que en el invierno  
Tiritais por la noche  
Sin luz ni fuego,

Niños que al transeunte  
Pedís limosna  
Cuando la blanca nieve  
La calle alfombra;  
Que hasta los perros  
Os ladran cuando al lado  
Pasais de ellos,

Niños de tersa frente,  
De azules ojos,  
De dorados cabellos,  
De lábios rojos,  
Ángeles todos  
Que pisais este fango  
Que llaman globo,

Jesús os ama tanto,  
Que no hay palabras  
Que pinten lo que os quiere  
Y lo que os ama.  
¡Cándidos niños,  
Cuanto mas desdichados  
Mas sois sus hijos!

Él os adora tanto,  
Tanto os adora,  
Como el ave del cielo  
Ama á la aurora;  
Como las flores  
Al sol que les dá vida,  
Luz y colores.

Amadle, hermosos niños  
Como Él os ama,  
Con su fé preciosísima  
Llenad vuestra alma.  
Él os bendiga;  
Teneis el alma blanca  
Tened su vida.  
ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

## LAS DOS BLANCAS DE LA VIUDA.

No hay cosa mas hermosa ni mas grande que la caridad. El que la tiene está muy cerca de Dios. Es una de las virtudes cristianas que revelan mas que la criatura está llena del amor de su Criador.

El grabado que hoy publicamos es una de tantas fases como presenta la caridad. El capricho del artista ha grabado la imágen de una pobre viuda, triste y desconsolada. Tiene tres hijos y apenas lo mas necesario para darlos de comer. Sin embargo, saca una moneda del bolsillo, quizá la única que tiene, y la deposita en el cepillo del templo para alivio de los pobres.

Es una leccion magnífica que debemos aprovechar los cristianos todos. Mientras haya uno que lllore y sufra y tenga hambre, lo supérfluo en los

demás siempre será un crimen. El pobre es como un mudo y severo reproche del rico. El Lázaro que está sentado á la puerta del poderoso, y come, si se las dejan, las migajas del festín, es un cuadro que no sienta bien á almas cristianas ni en países cristianos. Hasta que no pueda abolírsele por completo, es preciso aminorar por la caridad sus infortunios y sus miserias.

Imitemos á la viuda que depositó las dos blancas en el cepillo del templo para el socorro de los pobres.

## DE LA CENA DEL SEÑOR.

Aunque no hubiese otra cosa para conocer en cuántos errores caen los que dejan la regla de la Palabra de Dios, añaden ó quitan algo á sus ordenanzas, sería harto bastante ver en qué han convertido los hombres la Santa Cena del Señor, y cuánto la han desfigurado y profanado. El Señor Jesucristo la noche antes que padeciese instituyó su Santa Cena en pan y en vino, (1) para esfuerzo y consuelo de los suyos, y que por medio del uso legítimo de ella, renovasen siempre la memoria de su muerte, y que con recibirla estuviesen ciertos que no los amaba menos cuando ellos no le veían con los ojos corporales que cuando moría por ellos, y que con esta fé perseverasen en la santa vocación á que eran llamados, y pasasen constantemente por todas las contradicciones que les fuesen hechas en el mundo. De suerte que en dejarles el sacramento de su cuerpo y de su sangre les dió una muy firme prenda de su perpétuo amor, y unas ciertísimas arras de cuantos favores y consuelos pudiesen tener necesidad hasta venir á la cumplida posesión del reino eterno: todo esto ha sido pervertido de los hombres, de tal manera, que dejado y puesto en olvido lo que entonces hizo y pretendió el Señor, han hecho de la Cena un depósito de blasfemias, y un seminario de errores y de idolatrías, y despojáronla de todo su sér y hermosura hasta no dejarle el nombre de Cena.

Hicieron de ella la misa y llenos de ignorancia de que Dios es espíritu, y que él solo ha de ser adorado, conforme á la doctrina de los apóstoles y profetas, (2) enseñaron á adorar la Eucaristía, no entendiéndola que es hacimiento de gracias. Porque, ¿quién jamás adoró hacimiento de gracias? Porque entonces la Cena es Eucaristía, cuando se come con anunciación de la muerte de Cristo, glorificándole en hacer memoria de tal beneficio. Y fuera de este uso, no es Cena ni Eucaristía.

San Juan dice, (3) que ninguno vió á Dios. ¿Cómo, pues, adoran lo que ven que no puede ser sino criatura? ¿Qué es esto sino ser idólatra y adorar las criaturas en lugar de Dios, cosa tan defendida y castigada por el Espíritu divino? ¿Léese, por ventura, que alguno de los apóstoles adoró la Cena, cuando la instituyó Jesucristo en memoria de sí? Y para establecer este error tan pernicioso, sin tener Palabra de Dios, encerraron por opiniones de hombres á Cristo en el pan y en el vino. Y llegaron hasta evacuar y hacer de ningún valor el eterno sacrificio que él mismo ofreció en la cruz. (4) Quitaron de la Cena la anunciación del Evangelio para acabar así de destruir la fé, que de necesidad ha de preceder al uso de ella conforme á como lo ordenó y mandó el Señor. (5)

Largo sería contar las corrupciones y abusos con que han contaminado y destruido cosa tan santa. Liviano era el abuso que habían hecho los Corintios en la Cena, y con ser tan liviano en comparación de los de ahora, les escribe San Pablo que haciéndolo de la manera que lo hacían, (6) ya no comunicaban á la Cena del Señor; luego mucho menos el presente comunican á ella en la misa, pues

no hay en ella sino una multitud de profanaciones y abusos. De donde es notorio que la misa no es Cena del Señor, ni tiene que ver mas con ella, que las tinieblas con la luz. Es luego propiamente una general abnegación y destrucción de todo cuanto Jesucristo nuestro Redentor hizo con su vida y con su muerte, por los hombres. Y es las columnas sobre que se sustenta, y con que se defiende (prohibe) el reino de la idolatría y falsa religión. Conviene, pues, á todo cristiano que desea ser salvo, no traer yugo con los infieles como manda el Espíritu de Dios. (1)

Y por tanto, debe renunciar á la misa, como á cosa tan contraria á Dios y al beneficio y redención de Jesucristo. Porque ¿qué participación tiene la justicia con la injusticia? ¿O qué comunicación tiene la luz con las tinieblas? ¿O qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel? ¿O en qué conviene el templo de Dios con los ídolos? Y pues cada uno de los fieles es templo de Dios vivo, como dice San Pablo, debe huir todas aquellas cosas con que puede ser profanado y ensuciado, de las cuales la misa es la principal, y como el sumario de todas, pues es negado en ella, y tornado á crucificar Jesucristo.

EL DOCTOR JUAN PEREZ.

## LA NOCHE DE NAVIDAD.

La noche de Navidad es una de las mas alegres del año para los buenos vecinos de esta muy heroica villa y corte de Madrid y para los diez y seis millones de católicos que pueblan este asendereado reino de España. Las noches de San Pedro y San Juan son noches también de regocijo y de contento público, pero ninguna del año trae consigo tanto ruido y tanto escándalo, tanto exceso y tanta algazara.

Llega la noche del 24 de diciembre. En la casa todo está dispuesto. Se trata de celebrar la venida del Niño-Dios, y es preciso comer bien, y no comer bien, sino superabundantemente bien. La familia tiene preparado todo lo necesario. Allí está la clásica sopa de almendra, el besugo, el turron anual. El alborozo se pinta en los semblantes. El padre se sienta á la mesa, la madre despues, los parientes ó los convidados toman asiento en seguida, los niños dejan el tambor, la pandereta, el rabel ó la chicharra con que han estado atronando los oídos de sus desgraciados padres durante ocho días, por lo menos, y toman parte en el festín de Navidad. Las botellas se destapan, el vino chispea en el vaso; los semblantes se colorean mas y mas, los chistes mas decentes ó mas obscenos, segun la clase de familia que verifica la cena, se cruzan de un lado á otro; la alegría resplandece en todas las fisonomías. Cuando la cena llega á la mitad, los comensales ya no están todos tan en sí como al principio. El mas atrevido entona el primer cantar, y adios entonces la poca formalidad que quedaba. Los cantares se suceden; el tambor, ó la chicharra, ó la pandereta, ó el rabel que antes tocaba un niño, ahora le toca un hombre barbudo ó una vieja setentona. Los papeles se han cambiado. Los niños se han quedado dormidos sobre el turron que tenían delante, y los hombres se han vuelto niños. La algazara se duplica y se centuplica. Se canta, se baila, se chilla, se ruje, se grita. A veces, cuando la algazara no le parece bastante á cualquiera de los héroes de la fiesta, vá sigilosamente á la cocina y viene armado de un almirez y le golpea hasta aturdir á los que meten poco ruido. Aquella marea de estrépito sube y sube hasta no oírse ni entenderse los que la promueven, y el escándalo llega á un punto incommensurable.

Pero de repente suena un tañido alegre y luego otro y otro y otro. Es que tocan en la parroquia á la misa del gallo. ¡La misa del gallo! La gente toda

se conmueve, la bulla cesa un momento; la familia acuesta á los niños y se disponen todos á ir á la misa del gallo. Salen de la casa convidados, parientes y anfitriones en revuelta confusión; por la calle van riendo, chillando, empujándose, divirtiéndose, porque esto en Noche-Buena se llama divertirse. Llegan á la puerta del templo y entran, á la verdad, mas bien como el que entra en una alegre tertulia que en una iglesia.

Allí la gente se apiña, se codea, se estruja. Todo el mundo está inquieto y el cura canta sin que nadie le haga caso. Cada cual habla con el que tiene al lado y se rie por lo bajo y á veces por lo alto. Huele mas allí á vino que á incienso, y la mayoría de los que allí están, mejor estarían durmiendo que de pié. Los polizontes se ven y se desean para que la gente entre y salga con el menor ruido posible. Los borrachos quieren entrar á oír cantar al cura y á meter su poco de bulla. Pero llega un momento en que los tambores suenan, en que las chicharras aturden, en que los almireces clamorean horriblemente. Es que se ha acabado la misa. Los concurrentes se esparcen por la población, y empieza la segunda parte de la orgía. Las familias algo decentes, que son pocas, que se han arriesgado á ir á la misa del gallo, vuelven á sus casas y aquí ha concluido para ellas la fiesta.

Pero para otra clase de gente, la gente de bronce que pudiéramos decir, no sucede lo propio. Entonces empieza la verdadera orgía, la verdadera bacanal. Los cafés mas apartados y mas inmundos se llenan de gente. Allí el humo de los cigarros, la bulla y el estrépito son mas insoportables aun. Es una noche en que todo el mundo tiene la obligación de gritar hasta echar la garganta por la boca. Los camareros no saben á quién sirven y el amo está deseando que luzca el día.

Y en la calle hay la misma confusión y la misma algarabía. Algunos borrachos duermen placenteramente sobre las aceras. Los tambores despiertan á los que duermen. Las gentes pululan por las calles como á las doce del día. Se cantan coplas al Dios-Niño y otras que no pueden cantarse á nadie. Hay músicas de guitarras, bandurrias, y otros escesos.

Este es el aspecto de Madrid á las cuatro de la madrugada en la noche de Navidad. Y todo esto se dice que es para celebrar la venida del Mesías. ¡Ah hipócritas! Por lo menos no tomeis el nombre de Dios como pretexto para tener una noche de crápula y de escándalo, de orgía y de miseria.

## DEL MATRIMONIO

### EN LOS CLÉRIGOS DEL CATOLICISMO.

No ha nacido el hombre para el celibato, y estado tan opuesto á las leyes de la naturaleza, supone siempre algun desorden, ó conocido, ó oculto. — J. J. Rousseau. — Nueva Eloísa. — T. 2.º — P. 416.

Todo el sentido de la reforma que en la doctrina del catolicismo se promueve en estos momentos queda justificado, si pensamos que pretende deslindar el dogma en su primitiva pureza, y la disciplina, reintegrando á la personalidad humana en la plenitud de sus funciones naturales, cuya sistemática violación ha venido constituyendo una gloria, quizás la mas resplandeciente de entre las glorias de esta escuela, que ha juzgado vida en perfecto ideal la de las vírgenes del Señor, y la del celibato de sus sacerdotes. Afortunadamente, la luz de la razón abre camino, y errores tan fundamentales perecen para no volver jamás.

Séase bajo el respecto de la ley natural, séase también por el examen de los principios mas conocidos que los apóstoles del catolicismo sustentarán, séase, por último, en vista de la necesidad y conveniencia de los Estados, la prohibición del matrimonio en los clérigos, (único punto sobre que versan estas ligeras consideraciones) ni ha debido

(1) Mateo, xxvi; Marcos, xiv; Lucas, xvi.  
(2) Juan, iv, 24. Mateo, iv, 10; Deuteronomio, vi, 4, 5, 13, 24.  
(3) Juan, i, 18; 1.ª Timoteo, vi, 16; 1.ª Juan, iv, 12; Romanos, i, 25.  
(4) Hebreos, ix, 12.  
(5) 1.ª Corintios, xi, 28.  
(6) 1.ª Corintios, xi, 20, 22.

(1) 2.ª Corintios, vi, 14.

mantenerse hasta aquí, ni menos insistir en este precepto eclesiástico, hoy que con suma claridad se advierte su injusticia y aun puede añadirse que su impiedad.

Verdad incuestionable es esta de que el género humano es masculino en su mitad; en su mitad restante, femenino. Y si la ciencia estadística señala el desequilibrio histórico del precepto, acusa en su cumplimiento perturbación, pero sin que por ello contradiga el rigor de su exactitud.

Es, pues, evidente, que en la reproducción de la especie intervienen por igual ambos sexos; que el retraimiento de cualquiera de los dos, introduce la irregularidad en este mandamiento de la Creación; y, en una palabra, que el celibato del hombre (de que aquí nos ocupamos) y la mujer en el celibato, ni efectúan el deber de su individuo, ni constituyen, antes contrarían el fin total de la raza, ni se sujetan, antes desobedecen los eternos resortes que Dios dispuso en el universo.

Y si la ley natural, por natural es justa, y por justa conveniente, de estricta moralidad es en principio el matrimonio, y daño irreparable sustraerse á su ligadura. Y que esta regla que se opone á las nupcias en los clérigos no es, no puede ser, del dogma de la Iglesia romana, nos lo dicen de un lado el hecho de que subsistía el celibato forzoso entre las prescripciones del paganismo; y de otro, el de que aun en la misma Iglesia católica, durante los primeros siglos de su existencia, el lazo conyugal fué permitido y celebrado por sus sacerdotes. Agrégase también, cual argumento nuevo en contra del impedimento, esa facultad de *secularización* que el Pontífice Sumo se reserva, cuando es sabido que todos los derechos del Papa concluyen allí donde el dogma empieza.

Las condiciones de este trabajo no nos permiten la cita de muchos textos en que los apóstoles aceptan y tratan del matrimonio de los clérigos; pero si diremos que Pablo, en su Epístola á Tito, entiende que el sacerdote debe ser el marido de una sola mujer; y que en la primera que dirige á los Corintios, declara que no ha recibido del Señor precepto alguno tocante al celibato. (1) Al lado de la palabra de Pablo, ¿puede reflexionarse en serio sobre aquel razonamiento de Jerónimo, fundado en que Jesús hizo su entrada en Jerusalem, montado en un asno virgen?

Los padres del Concilio de Trento (2) prohibieron el matrimonio de los clérigos, porque los lazos de la familia les desligarían de la dependencia de la Iglesia, destruyendo su gerarquía, y reduciendo al Papa á solo el puesto de obispo de Roma. Esto ya es claro, y podemos en su virtud afirmar que sobre ser el celibato únicamente objeto de disciplina, quedó establecido el interés material de la Iglesia, y sin que para nada se tuvieran en cuenta ni el provecho moral de los pueblos, ni menos los fines de la naturaleza humana.

Repitiendo aquí las frases de J. J. Rousseau, con que comenzamos estas sumarias reflexiones, demuéstranse, en nuestro sentir, los verdaderos males sociales que se producen con la prohibición del matrimonio en los clérigos. «No ha nacido el hombre para el celibato, dice, y estado tan opuesto á las leyes de la naturaleza supone siempre algún desorden, ó conocido ó oculto.» La experiencia de muchos siglos dá la razón á Rousseau, y á nosotros, que con él condenamos el celibato en todos, y ahora, y por los mismos motivos en los clérigos del catolicismo. ¿A qué referir las mil y mil comprobaciones históricas de esta verdad? ¿Ignora nadie, por ventura, la corrupción de algunos altos dignatarios de la Iglesia? ¿Se oculta á los ojos de nadie la conducta irregular en que viven algunos miembros de aquella institución? ¿Puede desconocerse la influencia de tales ejemplos en la sociedad meramente civil, por el doble carácter de ciudadanos y ministros de Dios, que revisten los individuos indicados?

El juicio de la Divinidad y de los hombres re-

chaza, según vemos, el celibato de los clérigos. Ninguna palabra mas añadiremos, y solo para terminar asentaremos esto: Si la ley natural, la opinión de los apóstoles, la historia y hoy el sentido común condenan la prohibición del matrimonio en los clérigos del catolicismo, ¿cuál es la razón esencial en que se sostiene el parecer de que aquellos que pertenecieron un día á la Iglesia romana en dicho concepto sacerdotal, que por esta causa y no mas se obligaron con solemne voto de castidad; mas tarde, emancipados de la sociedad católica, y libres de todos sus compromisos, quedan no obstante impedidos para contraer las nupcias, á que el resto de los hombres tiene perfecto derecho?

(De la Propaganda.)

## PARA LAS MADRES CRISTIANAS.

Nunca será superfluo recomendar á las madres cristianas que su cristianismo se manifieste en todos los actos de su vida, porque además de ser este su deber como rescatadas de Cristo, con su vida y oraciones pueden preparar la fé futura de sus hijos. Tiempo es ya de que en España se piense en verdad tan importante. La mujer, por las circunstancias especiales en que se halla colocada, por su temperamento, por su arte de ganar por la persuasión mas que por la violencia, puede ejercer una bendita influencia sobre los hijos que el Señor la ha dado. Mas ¿cómo la ejercerán si no piensan en ello? ¿Cómo los prepararán si no están ellas mismas preparadas? ¿Cómo comunicarán la vida espiritual si no la poseen? ¿Cómo conseguirán que sus hijos den á Dios su corazón desde la juventud, desde la infancia, si es posible, si no derraman su corazón delante del Señor en fervientes súplicas?

¡Ah, madres, madres de familia, si supierais que la mayor parte de los hombres que con justo título admira el mundo han debido lo que son á la piedad, buen ejemplo y oraciones de sus madres!

¿Quién no admira el saber y las virtudes de un Gregorio Nazianceno? Pues después de Dios todo cuanto fué lo debió á su madre Nonna. Contemplad el retrato que de ella nos ha dejado su hijo. «Ella nunca iba al teatro, por mas que estuviera dotada de una sensibilidad viva y profunda y que simpatizara con las penas de los afligidos; ella no se dejaba dominar por la afición hasta el punto de perder su habitual disposición de bendecir á Dios por todo cuanto le sucedía. Cualquiera que fuera el acontecimiento funesto que la sorprendiera, nunca se puso un vestido de luto en un día de fiesta, porque para ella las cosas invisibles sobrepujaban á las visibles, y los sentimientos religiosos triunfaban de todos los otros sentimientos. Se presentaba en la iglesia con una devoción respetuosa y esta veneración se traducía en todos sus actos, en todos sus gustos. La muerte la sorprendió como siempre se encontraba, en oración.»

¡Feliz la madre de quien tales cosas pueden escribirse!

¿Quién ha formado el carácter de esa gran figura, de ese orador incomparable que se llama Juan Crisóstomo? Su madre Antusa.

¿Quién ha dado á la Iglesia ese genio que se llama San Agustín? Las oraciones y las lágrimas de su madre Mónica.

Lo que esas santas mujeres han hecho, vosotras lo podeis hacer como ellas, mejor dicho, lo debeis hacer como ellas. Un hijo que Dios os concede es un tesoro que tiene que multiplicarse en vuestras manos. La responsabilidad pesa sobre vosotras.

El método que debeis observar es muy sencillo. Desde que vuestro hijo empieza á balbucear, enseñadle á que pronuncie el nombre de Dios. Desde que vuestro hijo pueda pensar, enseñadle á que ore á Dios.

Despertad en él desde muy niños la idea del deber. Que el niño se acostumbre á obedecer, porque debe obedecer, porque tal es la voluntad de Dios.

Contentad al niño con regalos cuando sea vuestra voluntad contentarle; mas que no se acostumbre á hacer el bien solo porque aguarda la recompensa de vuestra parte. Castigadle cuando sea necesario; pero que tampoco se acostumbre á practicar lo bueno por temor al castigo. Despertad en él la conciencia, esa voz de Dios que todo hombre lleva en sí; que este es el mejor método de educar.

Procurad por cuantos medios están á vuestro alcance que vuestro hijo tenga confianza en vosotros, mucha confianza, una confianza ilimitada. Que no tenga penas ni alegrías de las que no seais la confidente; que cuando el niño se haga hombre y llegue á la edad de las pasiones, cuando la tentación le asalte de mil modos, quizá se preserve de caer en ellas por no tener que participar su caída. Ocultároslo, no lo podrá porque nada sabrá ocultaros; confesároslo, lo hará menos todavía por no lastimar vuestro corazón, y la tentación quedará vencida.

Madres cristianas, velad sobre el depósito que Dios os ha confiado; nadie mejor que vosotras puede hacerlo.

## LA PROVIDENCIA.

De la miseria en el profundo seno  
El infeliz decía:

«No hay Dios: en vano su esplendor sereno  
El padre de la luz al orbe envía.

«En vano sometida á ley constante  
Gira la inmensa esfera,

Y en curso igual el Orion radiante  
Sobre el mar del ocaso reverbera.

«¿Qué es el lazo eternal, con que natura  
Los seres encadena,

Si un Dios injusto su mejor hechura  
A delinquir y á padecer condena?

«Yo ví, yo ví á las nubes sublimado  
Y triunfante al impío:

Y de placer y gloria circundado  
Por la tierra estender su señorío.

«Y mientras goza, el inocente gime  
En prision oscura;

Y al son de la cadena que le oprime  
Llora infeliz su indigna desventura.

«El pan de la afición es su alimento  
Y el lloro su bebida,

Y ansiando por el último momento  
Arrastra el peso de su amarga vida.

«No hay Dios donde hay maldad: la espada impía  
Es el Dios del humano:

Su trono, la sañuda tiranía  
Y la triste virtud un nombre vano.»

Dijo: y del cielo al muro diamantino  
Lanza gemido ardiente;

Y el poder blasfemando del destino,  
Cubre entre el polvo vil la faz doliente.

Mas la verdad sus rayos brilladores  
Desde el emporio envía;

Y el velo disipó de los errores,  
Que la ofuscada mente oscurecía.

Vió entonces derrocar en el averno  
El sólio del malvado:

Y eterna maldición y llanto eterno  
Exhalar de su pecho atormentado.

Y al justo en las mansiones de la vida  
Unido al Dios, que implora,

Bendecir la inocencia perseguida  
De las pruebas del hado triunfadora.

Mortal, necio mortal, que un solo instante  
Para morir animas,

¿Presumes tú dar leyes al tonante  
Que hace temblar las celestiales cimas?

Deja que á la virtud hermosa y pura  
La adversidad persiga,

Y que al malvado la fortuna impura  
De rosa y de laurel corone amiga.

Deja al desorden que domine el mundo  
Y que grite el cielo «la venganza es mía.»

(1) Véase Aimé Martin.—De la civilización del género humano, etc.

(2) Véase la Historia del Concilio de Trento, de Fr. Paolo Sarpi.—Traducida por le Courayez.

El alma es inmortal: puede una hora  
Labrar tu eterna suerte:  
Ejerce la virtud... á Dios adora...  
Y lo demas te enseñará la muerte.

D. ALBERTO LISTA.

## HISTORIA DE LA OBRA EN VALLADOLID.

(Continuacion.)

Sucedió lo que yo esperaba: al otro dia no se habló en Valladolid mas que de la inauguracion de nuestra capilla, produciendo acaloradas disputas, y mucha indignacion en las personas apegadas á las cosas antiguas.

—España está perdida,—decian;—¿cuándo se ha visto un escándalo semejante á este, de querer destruir aquello que nos enseñaron nuestros padres?

—Es la única desgracia que le faltaba á Valladolid,—añadian otros;—y si al pueblo le seducen para que deje el catolicismo, ¿de qué van á vivir los pobrecitos curas que tanto han gastado en hacer su carrera?

—Es que el pueblo nunca seguirá una doctrina extranjera, y estos tendrán que volverse á su tierra, porque nadie les hará caso,—replicaba un tercero.

—Se equivoca Vd.,—decia otro,—porque anoche acudió muchísima gente á la inauguracion, y lo que es peor, hablaban bien de las herejías que acababan de oír.

—Pero no volverá mas.

—Allá lo veremos.

Al mismo tiempo, un predicador católico, á quien sin duda habian llegado bastante desfigurados los detalles de la inauguracion, se ocupó de nosotros con afectado desden, diciendo que habian llegado dos jovencillos á la ciudad, quienes sin duda habian sido comprados para predicar las doctrinas protestantes, como pudieran haberlo sido para propagar otra cualquier idea; que merced á alguna facilidad en su hablar, podian entretener á cierta gente ignorante; pero que de seguro nada alcanzarían, porque los vallisoletanos no podian hacer caso de una doctrina predicada por hombres *vestidos de frac* en un local que habia servido para usos mundanos y que no habia sido santificado siquiera con la presencia de una imagen de la Virgen, y que ninguno debia acudir á tal lugar, y menos dejarse alucinar con una doctrina falsa que se predicaba con palabras dulces, pero engañosas.

Mientras ellos se entretenian en esto, nosotros dimos dos reuniones de niños, á cada una de las cuales acudieron como 150 y de 400 á 500 adultos, los cuales salian muy satisfechos de los himnos y de las esplicaciones del Evangelio.

Entonces reconocí la importancia de los himnos, porque atrajeron mucha gente y muy pronto se cantaron por los niños en todas las calles de la ciudad, siendo así cada uno de ellos un predicador de Jesús.

Llegó el domingo, y concurrieron cerca de 100 niños á la escuela dominical.

Por la tarde abrimos las puertas para el culto, esperando con afán que se llenase de gente el salón, como así sucedió bien pronto, por lo que di gracias á Dios, y no fué esto lo solo bueno, sino que todos estuvieron con tanta atencion y respeto como si de antiguo concurrieran á aquel lugar.

A la salida de la gente, unos hombres trataron entre sí de arrojarme al río por el Puente Mayor, pero nadie les hizo caso y desaparecieron de allí.

Entretanto unos estudiantes de cura, en nombre de la *Juventud católica*, se acercaron á invitarme á una discusion pública para probar la falsedad ó la verdad de mis doctrinas; les miré y ví que estaban muy descoloridos y temblones, porque sin duda temian que irritase contra ellos á la gente que me rodeaba; por lo demas ninguno de los tres revelaba tener mucho de lo de Salomon, y por lo

mismo eran inofensivos. Pensé que de ningun modo podia admitir el reto, porque no me sentia llamado á disputar vanamente, y porque en aquellos momentos hubiera producido fatales consecuencias por lo irritado de los ánimos, y mirándoles cara á cara, les dije:

—Sean Vds. francos. Si yo les diese tales razones, que Vds. no pudiesen rebatirlas, ¿abandonarian sus creencias para tomar las mias?

—No señor,—me contestaron.

—Pues entonces, ¿para qué vienen á proponerme discusiones?

—Para que el público las oiga.

—Para que el público oyese nuestras doctrinas,—les dije,—pedian mis hermanos del siglo XVI que se les permitiese hablar, y los correligionarios de Vds. contestaban apretándoles las cuerdas del tormento, amordazándoles y enviándolos á la hoguera. Para que el público juzgase de la verdad de nuestras doctrinas, hace unos pocos años que mis hermanos, presos en los calabozos de Andalucía, pedian que se les permitiese hablar, y Vds. les contestaron encerrándoles mas y mas, haciéndoles sufrir, calumniándolos, y por fin, desterrándolos de la patria como apestados. En ninguna ocasion han querido Vds. discutir con nosotros, y hoy, que no nos pueden amordazar y que están desacreditados, quieren lo que no querian, por lo cual les digo que lo que queríamos no queremos, porque no son Vds. dignos. Muchos predicadores y muchos púlpitos tienen Vds.; muchas vírgenes, santos y ángeles que creen les ayudarán; el dinero, el número, la ciencia, y segun Vds. dicen hasta las influencias del cielo están de su parte, entretanto que nosotros somos dos pobres hombres sin mas que un púlpito ni otro amparador que Jesucristo. Bástenles estas ventajas, dejen que tranquilamente oiga el público á unos y otros y veremos de parte de quien está la ayuda de Dios.

No pude continuar, porque unos hombres que nos escuchaban se indignaron tanto contra ellos, que si no me hubiese puesto por medio, hubieran hecho alguna cosa desagradable á los aprendices de cura.

Marcháronse estos y me retiré con mi compañero, muy satisfecho de las bendiciones con que Dios nos protegía.

Cuando nuestros contrarios se persuadieron de que no podian atraerme á una disputa en público, usaron otra táctica para atacarnos.

En su consecuencia, el mismo predicador que antes nos habia despreciado, subió de nuevo á su púlpito y se revolvió furiosamente contra nosotros, negándonos el título de hermanos y diciendo otras cosas semejantes.

Algunos amigos me lo avisaron, escitándome vivamente á que contestase (que no poco riesgo hacen correr, al que no es firme, los consejos que vienen de aquellos amigos que movidos por simpatías personales ó políticas y no por el Espíritu de Dios, se acercan á nosotros); pero no les complací, porque el atenderles hubiera dado por fruto el arrastrar á las gentes de uno á otro predicador, movidas por la curiosidad de oír al hombre, pero no por el deseo de conocer la verdad de Dios.

Así es que el jueves inmediato tomé por asunto la caridad y la prediqué á una gran concurrencia, recibiendo en recompensa las bendiciones de las gentes, y en especial de las mujeres, que son mas expansivas.

Y este discurso, que en espíritu y doctrina fué enteramente distinto del de mi contrario, produjo mejor impresion que la mas bien combinada respuesta que hubiera podido darle, y al mismo tiempo que apagó la curiosidad de muchos oyentes, les quitó tambien el mal gusto de oír á aquel rabioso predicador romano, porque el contraste llegó á desagradarles.

Este era mi objeto, detenerles á los piés de Jesús, y El me lo concedió.

Pero entonces emplearon un arma que en este país manejan con maestría algunos de nuestros enemigos; la calumnia.

Parece que hace tiempo, cierto aprendiz de cura produjo, en union de una monja, un gran escándalo en esta ciudad, por el cual se les desterró de ella; y aunque todos están conformes en que este hombre nació en Valladolid, y que era pequeño de estatura y de rostro moreno, señas opuestas en todo á las mias, no impidió que en muy pocos dias se extendiera la voz de que yo era dicho sugeto.

—Es el de la monja,—decian;—buen perillan está.

—Es claro,—añadian,—como le hemos despedido de nuestro lado, se habrá visto pereciendo y se ha vendido al oro de la Sociedad Bíblica.

—No disputen Vds.,—solia decir alguno;—no hay sino mirarle para conocer que es inglés.

—No es inglés,—le replicaban;—¿pues no han oido Vds. qué bien pronuncia el castellano?

—Es que los ingleses son gente de mucho saber, porque siempre están viajando y estudiando.

—Nada de eso, señores; es hijo de Valladolid, es el de la monja, yo le conozco.

Entonces solia decir algun escéptico:

—Está visto, que todos son iguales.

Porque eso sí, los mismos romanos reconocen que los suyos no son buenos.

Estas disputas produjeron apuestas, y varios hombres vinieron á hablar conmigo para cerciorarse.

Si tales ataques me martirizaban no hay para qué decirlo, sabiendo que de rechazo iban al Evangelio, pero en parte produjeron un efecto contrario, porque muchos que conocian al susodicho aprendiz de cura, vinieron á la capilla por conocerme y al mismo tiempo que cayeron de su error, oyeron el Evangelio y fueron nuestros defensores.

Y entretanto concurría á la capilla un gentío tan numeroso, que un local doble de grande no hubiera podido contenerle, y las disputas, el entusiasmo, el odio, las amenazas y las calumnias crecieron de una en otra hora.

—Esta es la verdadera religion,—decian.

—La verdadera es la católica apostólica romana.

—Todas las religiones son buenas en su principio, pero mas tarde descubren sus maldades; así será esta.

—Mejor es que la otra, porque siquiera á oír esta puede venir cualquier hombre de entendimiento sin salir apaleado en el sentido comun, pero la otra solo sirve para hipócritas y tontos.

—Pues yo digo que si algo ha de hacer feliz á nuestra patria, es el Evangelio como aquí se predica.

—Eso es, y aunque esto sea bueno, ¿no estamos obligados á seguir lo que nos enseñaron nuestros padres?

—No señor, porque no tenemos la culpa de que ellos vivieran á ciegas.

Entre las mujeres ocurrían las mismas cuestiones, y las riberas del Pisuerga han sido teatro de fuertes contiendas, en algunas de las cuales han llegado las lavanderas á golpearse, porque mientras que las unas nos ensalzaban, las otras nos representaban como endemoniados.

Y hoy una persona, mañana otra, algunos eran convertidos al Señor, apartándose de sus pecados y conociendo lo sublime del amor de Jesucristo y lo grande de sus promesas, hasta entonces enterradas para nuestra patria bajo la pesada losa de las tradiciones romanas.

(Se continuará.)

## OLAVIDE.

D. Pablo Antonio de Olavide, uno de los hombres mas célebres del siglo pasado, tanto por su preclaro talento como por los eminentes servicios que prestó al Estado, fué tambien una de las últimas víctimas de la terrible Inquisicion española. Nació en Lima en 1725, y lejos de entregarse á la molición

natural que inspira el país, supo consagrar á su patria su ingenio y su disposicion natural para las ciencias, de un modo extraordinario.

A los 20 años de edad ya era oidor en la Audiencia de aquel vireinato; pero como su carácter era franco y de ninguna manera hipócrita, tuvo la desgracia de mostrarse muy poco dispuesto en favor de los frailes, y esto como era natural en aquellos tiempos, le produjo muchos y muy considerables enemigos. El enorme número de conventos que poblaban los dominios españoles en ambos mundos le asustaba, y como veía que ellos eran una de las grandes causas de la ruina y de la despoblacion de España, solia repetir muy á menudo: «Estos establecimientos roban brazos al arado, artesanos á los talleres, comerciantes á los negocios, padres y madres al Estado.»

Ocurrió allá, hácia el año de 1740, aquel terrible terremoto que casi destruyó á Lima y sumergió al Callao. Ocurrieron, como sucede siempre en semejantes casos, millares de desastres y fenecieron centenares de personas. Olavide se mostró entonces infatigable; hizo cuanto le fué posible para reparar tanta desgracia, marchó de un lado á otro prodigando auxilios y consuelos, y logró que todo el mundo pusiera su mirada en aquel que tan pródigamente les socorria. Hizo reedificar varios edificios públicos, y entre ellos puso singular empeño en que fueran concluidos pronto una iglesia y un teatro: los dos edificios eran igualmente suntuosos cada uno en su género; pero los frailes, envidiosos siempre, creyeron ó aparentaron creer que en el teatro habia mas esplendidez y mas suntuosidad que en la iglesia, y acusaron á Olavide de desprecio á las cosas santas y aun de sacrilegio. Tanto y tanto gritaron los frailes, tanto y tanto se quejaron, que al fin sus clamores llegaron á oídos de Fernando VI, el cual, dominado tambien por clérigos y los frailes de por acá, mandó llamar con toda premura. Vino Olavide á España, y sin oírle, y sin formacion de causa, y sin nada, se le prendió, se le encarceló y se le cargó de grillos. Cayó enfermo, pero tuvo la fortuna de que una viuda rica, doña Isabel de los Rios, prendada de su talento, le diese con su mano una fortuna considerable, la que le ayudó á salir del mal paso, y despues de haber aplacado un poco á los frailes, fué declarado inocente.

Dedicóse desde este momento al comercio, y la fortuna le secundó prodigiosamente. Hacia todos los años un viaje á París en aquel tiempo en que tan largos, tan costosos y tan difíciles eran los viajes, y de allí volvía cargado de nuevos conocimientos y nuevas amistades, y de objetos á cual mas artísticos y curiosos. Frequentaba lo mas selecto y lo mas ilustrado de la sociedad parisiense.

Dedicóse despues á la literatura dramática y llenó el teatro con sus composiciones. Dió consejos saludables á los literatos de entonces, y dió lecciones de declamacion á los mejores artistas; escitó á los escritores á que hicieran periódicos, género de literatura completamente desconocido en España; fué el Mecenas generoso de las artes y de las ciencias. Comisionóle por entonces el Gobierno para la formacion de un plan de estudios, tarea que desempeñó admirablemente por la universalidad de su ciencia, su tacto exquisito y su profundo conocimiento del corazon humano. Examinó el plan el conde de Aranda, presidente entonces del Consejo de Estado, y le agradó sobremanera.

En las críticas y extraordinarias circunstancias del motin de Esquilache y de espulsion de los jesuitas, se le confió el delicado encargo de la policia de la capital, y de tal modo se condujo, que logró reunir los votos del Gobierno y del pueblo, que le nombró su síndico personero. la primera vez que se le concedió el derecho de nombrar esta especie de tribuno ó representante suyo en los Ayuntamientos, teniendo la gloria de ser el primer electo. Cooperó al establecimiento de las sociedades económicas, y fué nombrado por el rey asistente de Sevilla, cargo que desempeñó del modo mas acertado.

(Se continuará.)

## PLEGARIA.

Si mi voz no traspasa el firmamento  
Ni llega hasta el palacio de zafir,  
Donde tu habitas; si los ruegos míos  
Se pierden antes de llegar á Tí;

Si los suspiros de mi pobre pecho  
Se mueren sin llegar hasta el cenit  
Y no puedes, por tanto, concederles  
Lo que, Señor, te piden para mí;

Si la plegaria que en la noche oscura,  
Débil y torpe del principio al fin  
Levanto hasta tus piés, por torpe y débil  
No la puedes, Señor, tú recibir,

Yo elevaré tantísimas plegarias  
Que elevaré mis ruegos hasta Tí,  
Tantas veces, que al fin, Señor del alma  
Las tendrás á la fuerza que admitir.

A. SANCHEZ DEL REAL.

## DECRETO.

Hé aquí el texto del decreto relativo á la organizacion de la Iglesia reformada en Francia:

«El Presidente de la república francesa,  
De acuerdo con el ministro de Instruccion pública y de Cultos;

Vista la ley de 18 germinal, año X;  
Vistos los decretos del 26 de Marzo y del 10 de Noviembre de 1852,

Decreta:

Artículo 1.º Los ciento tres consistorios de las Iglesias reformadas de Francia y Argel quedan distribuidos en veintiuna circunscripciones sinodales, conforme al cuadro adjunto del presente decreto.

Art. 2.º Cada consistorio elegirá un sacerdote y un laico que serán sus representantes en el sínodo de su circunscripcion.

Art. 3.º Los representantes se reunirán del 1.º al 15 de marzo en una de las cabezas de partido consistorial de su circunscripcion sinodal, á fin de elegir los delegados para el sínodo general que ulteriormente se convocará en París.

Art. 4.º El número de delegados que deben ser elegidos para el sínodo general queda fijado, segun el número de sacerdotes de cada circunscripcion sinodal, á razon de un delegado por cada seis sacerdotes, y segun la progresion siguiente: dos delegados por cada grupo de seis á doce sacerdotes; tres delegados por cada grupo de trece á diez y ocho sacerdotes inclusivos.

Serán laicos la mitad de esos delegados, si su número es par, y la mitad mas uno, si su número es impar.

Art. 5.º El ministro de Instruccion pública y de Cultos queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

Dado en Versalles el 29 de noviembre de 1871.

—A. THIERS.  
Por el Presidente de la república, el ministro de Instruccion pública y Cultos, JULIO SIMON.»

## NOTICIAS VARIAS.

La Asamblea suiza ha abolido la pena de muerte, á escepcion de los casos en que sea aplicable en el ejército.

Nosotros tambien la aboliremos dentro de un par de siglos, y quizás antes.

En el consistorio que hubo en Roma el dia 22, el Papa preconizó un arzobispo y 30 obispos; de estos 16 italianos y 4 franceses. No hubo alocucion consistorial. Segun costumbre, el Papa fué felicitado por el sacro colegio con motivo de la Navidad.

El Papa aumenta su ejército por si tiene que dar una última batalla.

Dícese que el emperador de Alemania ha ofrecido al Papa, como residencia, el seminario católico de Paderbon en el límite de Silesia y del ducado de Posen.

Lo extraño del caso no es que el emperador se le haya ofrecido, sino que el Papa es capaz de aceptarle.

El lunes 25 del pasado diciembre, tuvo lugar en la iglesia de la Madera Baja la Santa Cena. El número de los que se acercaron á la mesa del Señor, fué, como siempre, bastante crecido. La compostura y el orden mas perfecto reinaron durante toda la ceremonia. ¡Dios haga crecer esta iglesia y le depare muchos dias de consuelo y de alegría como ese!

El miércoles 3 se reunirán en oracion los cristianos evangélicos de Madrid en la capilla de la calle de la Libertad, y el miércoles 10 en la de San Cayetano.

Como anunciamos en el número pasado, los señores Carrasco y Moore partieron para Sevilla el 26 del pasado. Sabemos que han llegado sin novedad y que se ocupan asiduamente en los asuntos cristianos que les han llevado á dicho punto. Deseamos su pronto regreso y hacemos votos porque su viaje no sea perdido para la causa del Evangelio.

Digimos en nuestro número anterior que los cristianos del mundo todo acostumbraban á dedicar á la oracion la primera semana del año, y prometimos dar á nuestros lectores noticia de los dias y lugares en que esas reuniones de oracion tuvieron lugar.

Hélos aquí:

Lunes 1.º, á las 8 de la noche,	Calatrava.
Martes 2, id. id.	Madera Baja.
Miércoles 3, id. id.	Libertad.
Jueves 4, id. id.	Peñuelas.
Viernes 5, id. id.	Calatrava.
Sábado 6, id. id.	Madera Baja.

El día 7 del corriente en la capilla del Limon, el pastor Sr. Orejon dará la Santa Cena á los miembros de dicha iglesia que ya se hallan dispuestos. Precederán las preparaciones acostumbradas.

El P. Gratry ha escrito una carta al arzobispo de París diciéndole que desde el lecho del dolor, donde yace, abjura de todo lo que ha escrito antes y durante las sesiones del Concilio, y le ruega le envíe su bendicion. El arzobispo se la ha enviado con una carta, en que se congratula altamente de la apostasia del ilustre escritor. Un apóstata mas. Nosotros en cambio pedimos á Dios que le ilumine de nuevo y le vuelva á la verdad.

Los sábados á las ocho de la noche, tienen lugar en la capilla de la Madera Baja los ensayos de himnos. Rogamos de nuevo á nuestros hermanos la asistencia á estos ensayos, porque el canto de las alabanzas al Señor es, como es sabido, una de las partes constituyentes de nuestros cultos.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.